

lo de José María Merino en el que subrayaba el horror de la mar cenagosa que anegaría el valle y nos haría a todos más pobres, más ignorantes. Recuerdo otro texto de Julio Llamazares, titulado *Goma 2*, que reflejaba el destino que muchos deseábamos para aquel vergonzante muro. Todavía puedo ver a mi padre, Juan Pedro Aparicio, hablando con unos y con otros tras la celebración de un emotivo corro de aluches en el valle ya agonizante. Y aún me indigno cuando recuerdo al ministro de Obras Públicas, Javier Sáenz de Cosculluela (“¡vuelve a la escuela!”, le gritaban los manifestantes), justificando lo injustificable ante la pregunta parlamentaria de un joven vallisoletano, diputado por León entonces y hoy presidente del gobierno, sobre los beneficios que el descomunal pantano iba a reportar a la provincia leonesa.

Años más tarde, regresé a Riaño de mala gana, con el fin de realizar un reportaje que me encomendó una revista semanal. Toda la coartada del pantano se había demostrado ya un gigantesco fraude del que, tristemente, nunca se han derivado responsabilidades políticas. Titulé la crónica: “Riaño, un pantano de mentiras”. Paseé por el adfesio en que se había convertido aquel viejo paraíso y me di cuenta de que aquellos hechos aciagos me habían marcado para siempre, sin remisión posible, porque habían acontecido cuando yo aún no contaba con la edad suficiente para convivir sin excesivo estupor con las iniquidades del Poder. Continué mi viaje hacia el sur. Comprobé que, en el adobe deteriorado, los viejos resignados y los jóvenes enfermos de heroína seguían siendo los escasos habitantes del secano leonés, donde no había rastro del vergel es-



Panorámica aérea del “nuevo Riaño”, tomada por PAISAJES ESPAÑOLES S.A., julio 1993

plendoroso tantas veces prometido por los políticos de entonces. Tampoco hallé rastro de quienes con tanto ardor habían defendido el proyecto de pantano desde aquellas tierras y mi grabadora se quedó sin su testimonio. Sí pude hablar con varios ecologistas leoneses que estuvieron hasta el final en la defensa de los valles riañeses. Me contaron con paciencia toda su incansable y heroica peripecia. Me narraron también cómo les ofrecieron demoler la presa de un bombazo urgente y definitivo. Decidieron no hacerlo por responsabilidad, por su sólida convicción pacifista, por miedo a que aquella acción pusiera en marcha una dinámica imparables y peligrosa. Una gente magnífica, una decisión digna de su talante. Lástima que el gobierno que tenían enfrente no fuera tan responsable. Ni tan pacífico.

Jose María Merino (La Coruña, 1941). Perteneció al Centro de las Letras Españolas del ministerio de cultura. Entre su obra narrativa se encuentra el libro de relatos *Cuentos del reino secreto* (1982), *El Heredero* (2004) o *Los caminos del Esla* (1980), que escribe junto a Juan P. Aparicio, así como varios libros de poesía. Premio de la Crítica en 1985.

José María Merino

MÁS IGNORANTES, MÁS POBRES, MÁS INDEFENSOS

Era yo niño cuando intuí por primera vez lo que, por debajo de su condición de gigantesca maquinaria industrial, representativa de una manera de entender el progreso, podía significar un pantano.

Un amigo de mi padre que trabajaba en algún sector de la organización de la constructora de la presa de los Barrios de Luna, le invitó a conocer a pie de obra lo que allí se estaba concluyendo. Fuimos una tarde brillante de sol. En mi recuerdo se mezclan las grandes estructuras de hormigón, los desmontes que corroían las laderas, y el valle pacífico de prados refulgentes.

Con esa avidez infantil, tan sensible a las historias en las que se narran desgracias y cataclismos, escuchaba al amigo de mi padre describir la condena de los pueblos que quedarían sumergidos -condolido él también por la desgracia de aquellas gentes- y retenía en mi mirada todos los lugares que iban a desaparecer para siempre: las aldeas,

con sus caseríos y sus espadañas, las sendas marcadas por el caminar de los hombres y sus bestias, las huertas y los cultivos del afán cotidiano, las pequeñas vegas adornadas aquellos días por el oro del otoño.

En lo que se refiere a lo que fue el Reino de León, esas máquinas han venido a aniquilar aspectos que, sutiles e impalpables, guardaban elementos esenciales en la personalidad de importantes comunidades rurales; aspectos definidos muy singularmente por los propios asentamientos que, por venir de tan lejos en el tiempo, tuvieron orígenes míticos o sagrados, por más que hayan quedado en un aparente olvido.

Y esa aniquilación no sólo ha destruido a las poblaciones afectadas, sino que ha mutilado la conciencia de comunidad del propio ámbito regional al que pertenecían. La ruptura de los equilibrios ha ido mucho más allá de lo ecológico o lo vecinal. A mi juicio, ha dañado zonas pro-

fundas de ese tejido sentimental y cultural que conforma la identidad de los pueblos.

No sé si España y Europa están tan sobradas de raíces vivas como para que, a la hora de elaborar alternativas energéticas sea preciso promover sacrificios tan brutales.

También de niño conocí Riaño, y he vuelto allí muchas veces. En compañía de Juan Pedro Aparicio viajé Esla abajo y escribí un libro. En él se dice lo que pensaba y lo que pienso de ese pantano.

Cuando la mar cenagosa cubra esos valles, otro pedazo del viejo León, de la vieja España, de la vieja Europa, habrá desaparecido de este mundo cada vez más precario. Y esa mutilación nos hará a todos, absolutamente a todos, más ignorantes y más pobres, y nos dejará más indefensos.

Texto aparecido en el libro *Riaño Vive*, impreso en Gráficas Cornejo de Astorga, en 1987.



Panorámica de las ruinas del viejo Riaño unos meses antes de ser cubiertas por las aguas del pantano. Archivo del *Diario de León*

Julio Llamazares (Vegamián, 1955). Licenciado en Derecho. Escritor y poeta leonés autor de varias novelas: *Luna de lobos* (1985) y *La lluvia amarilla* (1988) fueron finalistas al Premio Nac. de Literatura. Autor también de numerosos libros de viajes, el más famoso de los cuales fue sin duda *El río del Olvido*, en el que recorre a pie y en solitario el río Curueño a través de la Montaña leonesa. Entre su obra poética cabe destacar *Memoria de la nieve* (1982), ganadora del Premio de Poesía Jorge Guillén. Cultiva también el género periodístico, colaborando con periódicos como EL PAIS. Su último trabajo (2007) es un audiolibro dedicado a su obra, dentro de la colección «Antología y voz» de la ed. leonesa El Búho Viajero.

Julio Llamazares

LA FLOR DE LA CULEBRA / PASIÓN PAISAJE

Por el sendero ya sin flor de la culebra, -viejo Villón, viejo Llamas errante, errante y condenado como yo- remonté el Esla una vez más camino de Riaño. Prados desiertos, casetas y paredes arruinadas. Aguas negras y acero donde la voz lejana de nuevo retumbaba: “muero de sed al lado de la fuente/ caliente como el fuego y tiritando/ en mi país estoy en tierra extraña” ¿Qué olvido queda? ¿Qué mejor muerte podrá ya, al borde de la noche atravesarnos?

Entre las piedras rotas, bajo el cielo sin luz, bajo el cielo sin paz, bajo el cielo de hielo y leche azul por el que van dejando sus rastros venenosos las culebras, la perra me guió como a un sonámbulo. Dos ciegos en la noche sin sentido. Era la última noche y ni siquiera sentíamos ya el grito oscuro y desolado de la patria. Pero ¿qué patria? ¿Aquella que moría junto a la chimenea de una casa desahuciada? ¿Aquella que guardaba bajo el hielo sus últimas miradas? ¿Aquella era mi patria? No esperé al día. La última noche se acababa. Mi patria se acababa. Babia, de extremo a extremo, se acababa. Antes de irme, sin embargo, salí a la calle y, sin que nadie –ni siquiera ella misma- lo notara, le di a Pilar la flor de la culebra para que la guardara.



Sacerdote consolando a una de las vecinas del viejo Riaño ante la mirada de un guardia civil. Archivo del *Diario de León*

El paisaje es memoria. Más allá de sus límites, el paisaje sostiene las huellas del pasado, reconstruye recuerdos, proyecta en la mirada las sombras de otro tiempo que sólo existe ya como reflejo de sí mismo en la memoria del viajero o del que, simplemente sigue fiel a ese paisaje.

Recordaba yo esto al hilo de un viaje que realicé al valle de Riaño. Hacía varios días que habían demolido los pueblos condenados por la presa, y quería comprobar sobre el terreno la increíble verdad de

unas imágenes que, desde la lejanía de Suecia donde me encontraba entonces, había conocido a través de los periódicos y la televisión. Fue un viaje que quizá jamás debí emprender, un descenso a los infiernos interiores de un paisaje que ya sólo seguía vivo en mi memoria. La majestad de las montañas que había recorrido seguía intacta, pero a sus pies ya no se alzaban como antes los tejados y las torres de los pueblos, sino un montón ingente de ruinas y de escombros de los que se elevaba el humo de los fuegos en que ardían las maderas de las casas y el aullido salvaje de los perros que habían sido abandonados por sus dueños al partir. Los rebaños de vacas -el animal nutricional, el símbolo económico de la cultura y de la historia de aquellas altas tierras, el elemento inseparable del paisaje- pastaban como siempre las mansas praderías, pero al anochecer regresaban buscando sus pesebres entre las escombreras, y al no hallarlos, sus bramidos lejanos rasgaban en la noche el silencio profundo del valle abandonado.